

"Según el Orden del Tiempo"

de Juan Agustín Palazuelos



por Ricardo GELCIC

17-11-1963-

LA APARICION de un nuevo autor, cuando su primera obra coincide con su primera juventud, ofrece un interés que va más allá de la obra misma. Sirve a modo de barómetro para apreciar la atmósfera ambiental. Pues el autor no está solo. Por mucho que a veces se quiera singularizar y pretenda mostrarse como una figura aislada, tal pretensión no pasa de ser un capricho intelectual, resabio de viejos prejuicios románticos.

El hombre no está nunca solo. Basta remitirse a lo mucho que es cotidianamente fastidiado para advertir que parecida pretensión es una quimera. Positiva o negativamente, con suavidad o aspereza, el mundo en torno se hace avasalladoramente presente y derriba cuantos muros el admirador de su soledad imaginaba separantes. De esta fricción de todos los días con la circunstancia envolvente se nutre la experiencia del hombre, y la obra de arte se nutre, a su vez, de esa adquirida experiencia del autor.

En este punto se plantea el problema de la creación juvenil: ¿Qué hacer, qué decir en ausencia de una suficiente experiencia de base? Y puesto en la alternativa de decir algo o callar, el escritor joven remonta vuelo y maneja más que vivencias, idealidades.

Juan Agustín Palazuelos no escapa a esta fatalidad. Escribiendo una novela a los 26 años, las experiencias que le permiten articularla no son, precisamente, las más nutritivas. Pero logra arreglarse, no obstante, con el material de que dispone y entrega un libro cuyas características más propias anuncian cambio de atmósfera en el barómetro.

Nada podría resultar más oportuno en este momento. Porque, luego del grupo de escritores que

se hizo llamar "del 50", el tránsito a una modalidad que significara un avance más allá de la puerta que ellos abrieron, se estaba demorando demasiado. Con los "novísimos" parecía asistirse, más bien, a un fenómeno recesivo.

Los jóvenes del 50 aparecieron en el panorama de nuestra literatura desplazando sus temas de una atención casi exclusiva en lo rural, a una marcada acentuación en lo urbano, zona poco explorada por los novelistas nacionales anteriores. La vida en la gran ciudad, que es el género de existencia normal para el hombre representativo del siglo XX, abre al escritor todo un campo de problemas, nuevo en relación a sus viejos hábitos agrarios, que en el tratamiento formal del tema le exige correlativas soluciones novedosas. Por lo pronto, y como primer requisito, el hombre de la ciudad contemporánea ha de vivir al nivel de la época, no puede ser un trasplantado de otro siglo, deambulando como un sonámbulo por las calles aglomeradas.

Si se trata de una individualidad bien acusada, como en el caso del héroe de Palazuelos, un hombre joven, desvelado por imperiosos problemas vitales, con grandes curiosidades intelectuales y una aguzada sensibilidad estética, sus inquietudes y afanes no podrán vagar por anacrónicas zonas de la cultura, sino que su accionar intelectual ha de estar necesariamente a la altura del tiempo.

Palazuelos se para a pie firme en este imperativo y escribe al nivel de la época: concretamente, al nivel de las perplejidades de un muchacho que debe encarar la vida en medio de una quiebra general de valores. El tema no es nuevo, por supuesto, está abundantemente manoseado; pero en nuestra literatura no se había planteado todavía



con la radicalidad que Palazuelos lo hace.

El innominado protagonista de la obra vive, por así decir, a plena intemperie existencial. Sobre él no hay religiones, ideologías sustitutas, ni ciega confianza en la razón, el progreso, u otros similares vitamínicos mentales. Su situación es, pues, de incertidumbre total.

De tal punto, sin otro apoyo que el de la cruda existencia, debe partir al encuentro del hombre. Y como el hombre más próximo a cada cual es obviamente uno mismo, por puro buen sentido, la búsqueda comienza como búsqueda de sí. Pero como en cada hombre, también, existe una zona periférica que más que el pertenece a lo impersonal de la sociedad, la búsqueda ha de consistir en un encuentro con lo que de más

verdadero pueda hallar el hombre en su intimidad. De tal modo la novela, que carece propiamente de un argumento, se va construyendo en distintos planos de vivencias.

Estas vivencias, que Palazuelos exhibe como el fondo más real de su personaje y, por tanto, lo único a que se puede asir con alguna firmeza, invaden totalmente el primer plano de la obra. Como los temas dominantes de un concierto las podemos distinguir con nitidez. Son principalmente, el placer sensorial de la experiencia estética, una constante reflexividad que va estructurando la acción en un sostenido preguntar y la actitud ante la mujer, vivida como sensualidad y emoción de amor. La primera, plenamente gustada; a la inversa, siempre fallida, la segunda. Frustrada, en el amor de la infancia, no lograda en su realización plenaria con Soledad, voluntariamente eludida con Hexe en la anécdota que pone término al libro dejando al protagonista en la misma incertidumbre del comienzo, si bien, esta vez, con una ganada responsabilidad.

Por eso, la última escena nos deja al héroe perdiéndose sin aspavientos bajo la lluvia que, como una redención, "lo lavará todo". Pero en su andar que es en cierto modo desembocar en una dimensión nueva de existencia, lleva el imperativo del desafío irresuelto:

"—Alguien tiene que penetrar en el "laberinto de nuestra época", buscar al Minotauro, darle muerte y volver con vida".

La sustanciosa médula que contiene la obra inicial de Palazuelos desborda largamente los marcos de los habituales comentarios de libros. Para apreciarla en su justo valor no queda sino encararse con sus páginas, densas de contenido y abundantes en hallazgos felices.